

BAJO EL MAR HAY UNAS BOTAS

MARGA GIL BENÍTEZ



Capítulo 1

BAJO EL MAR HAY UNAS BOTAS

Era una vieja historia la que le acababan de contar: una de tantas historias que solían narrar los viejos lobos de mar. Aquel era un anciano indio, con la piel seca a causa del sol y la sal marina; fumaba en su pipa de caña, el humo del opio mareaba a los oyentes y el ron le salía por las comisuras de sus gruesos y amoratados labios. Julio permanecía embobado escuchando aquellas historias, mientras su madre se lo llevaba a rastras a su casa. Esa noche no pudo dormir, sin saber el porqué la historia de ese día le había ido devorando poco a poco por dentro, hasta casi convertirle en un ser de fantasía.

Recordaba, veinte años después, muy vagamente la sombra de un fantasma sentado en una silla de enea, con una columna de humo inundando su memoria y una nada agradable mezcla de olores (opio, ron, mar y frescura) que aún le seguía mareando. De sus labios se escapaban aventuras inolvidables, sueños de noches ajetreadas, forajidos marinos, capitanes lisiados, mujeres delicadas y mujeres de mala vida, niños huérfanos polizones y siempre terminaba con la visión de unas botas bajo el mar. Unas botas que conducían a la eternidad, perdidas en un mundo oscuro de vidas: el mar marinerero.

Permaneció unos minutos mirando a través de la ventana, reviviendo su niñez junto al mar azulado, oscuro pozo sin fin visible... el mar y un niño que se marchó tierra adentro, donde la sequía le ahogaba hasta tal extremo que cada día se iba muriendo un poco más, buscando ese contacto fraternal con su lugar de origen: el mar salino.

Y sus gritos nocturnos no le devolvían ese aroma salado, sino un torrente infinito de edificios que le trastornaban. Deseaba regresar a ese pueblecito costero diminuto, dormido entre las rocas del acantilado y oír de nuevo la voz del contador de historias, aquel pirata indio capitán de un barco divino. Pero esos gritos le transportaban a un mundo de pesadillas, a un pantano desecado que agoniza en su lento desvanecimiento.

Como otros días, tras el sueño venía la monotonía: un trabajo en el centro de la ciudad; un buen trabajo que le elevaba a un alto puesto social; una familia adorable que le ataba más a ese lugar inhóspito, con unas gruesas cadenas que no le dejaban ver el mar, su mar de nacimiento.

Algún día, se decía a si mismo, como en un intento de convencerse, lograré alcanzar esas botas... porque bajo el mar hay unas botas que me esperan desde hace una eternidad, descansando en un lecho de algas y rocas, custodiadas por los seres vivientes del agua salada y por un

guardián humano que hace realidad la fantasía. Algún día las alcanzaré.

Y ese algún día llegó. Una mañana diferente a todas, abandonó su hogar para marchar hacia el sur; no iba cargado de nada, simplemente vestía un traje de neopreno y unas aletas en los pies. Caminaba torpemente a través de caminos y montañas, pasando las noches sin techo alguno que le guardase del frío de la naturaleza. Se dormía bajo el manto estrellado y despertaba inundado de luz maternal.

Un día alcanzó a pensar, de manera pesimista, que nunca llegaría al sur... estaba tan lejano y él se cansaba cada vez más. Las fuerzas le arrastraban, añorando saborear el dulce recuerdo de una niñez perdida y de un puerto nocturno donde se ocultaba entre los barriles para escuchar historias prohibidas de un indio muerto a cañonazos que resucitó después de entre los maderos flotantes para poder narrar a los que quisieran oírle. Una añoranza viva en su corazón gris: el mar acuático.

Caminaba perdido en tinieblas, pues Julio se quedó ciego en el camino de búsqueda: una ráfaga de polvo le hirió los ojos que se tornaron blancos, huecos de visión. Se ayudaba por una rama retorcida para caminar; pero su mente le iba marcando un camino que nunca jamás pisó ser humano alguno.

Una tarde de otoño, siete años después de su marcha, se le nubló la mente y comprendió que el viaje había terminado y aunque no lo podía ver, sabía con toda la seguridad del mundo que su mar anhelado estaba allí, ante él, guardándole unas botas eternas... Respiró hondamente. La seguridad era total, porque un suave olor le acarició el olfato de manera acogedora. Su misión llegaba al fin y su búsqueda no había sido inútil.

Después de haber recorrido el pueblo palmo a palmo y de haber oído las empalagosas voces de sus habitantes, regresó junto a la Naturaleza, junto a aquello que el hombre nunca podrá crear con sus manos, aquel lugar al que siempre había pertenecido: el mar divino. Lentamente fue penetrando en el agua; al principio, notó el frío en sus huesos, a pesar del traje de neopreno, aunque sus ansias de búsqueda le resguardaron de este helor y de toda clase de peligros.

No fue fácil hallar el lugar adecuado, pues aún tuvo que caminar kilómetros y kilómetros a través de la selva submarina. Las algas le abrazaban desesperadas por un contacto humano que las liberase de aquella estrepitosa soledad: silencioso fondo desde los comienzos terrenales, cuando el Creador puso su mano en la Nada y extrajo una maravilla única llamada Tierra. Las lágrimas de alegría que derramó el Todopoderoso sobre su tesoro, hizo que se inundara y eran tan saladas aquellas lágrimas que dejó esa anegación permanente hasta el fin de los siglos, llamándole mar. Y este mar a su vez guardaba otro tesoro, la Vida;

